

LOS SEGUNDOS DIEZ AÑOS DE LA N. A. T. O.

Al hablar de la N. A. T. O.—Organización del Tratado del Atlántico Norte—, que se encuentra iniciando, en condiciones que no podrían calificarse de especialmente favorables, los segundos diez años de su existencia, es ya casi obligado pensar en la Confederación de Delos, y quizá también en la que le siguió, la Segunda Confederación Ateniense. Hay ciertas razones para hacerlo. Han sido confederaciones o alianzas con una larga duración, aunque con tendencia, eso sí, a ir perdiendo eficacia, o a la gradual desvirtuación de los propósitos originales, puesto que la primera, fundada el año 478 antes de Jesucristo, se prolongó hasta el año 404; la segunda duró bastante menos: cuarenta años a partir de la fecha de su fundación, entre 378 y 377, siempre antes de la Era cristiana. Tenemos aquí los primeros ejemplos históricos, con abundancia de detalles, del intento formal hecho por un grupo numeroso de Estados independientes o autónomos para el desarrollo de una acción común y unificada, no menos que el ejemplo de algo cuyos fines y propósitos originales han ido sufriendo modificaciones y alteraciones fundamentales a lo largo de los años. Y nos encontramos, cosa no menos importante, con el primer caso en la Historia de una acción imperialista consciente, premeditada, con una unidad hegemónica—Atenas—y una larga serie de unidades subordinadas que gozaban de una autonomía local amplia y específica, dentro de un sistema organizado sobre una base militar, financiera y judicial.

Los intereses comunes primordiales que han culminado en una asociación animada del mismo propósito unificador tienden a sufrir modificaciones y cambios con el paso de los años, y nada lo demuestra con tanta fuerza de convicción como el sometimiento, al fin, de las partes discrepantes o disconformes de la Confederación de Delos, con el recurso a la fuerza, incluso en condiciones tan llamativas como el atender a este aspecto de la situación

antes que a lo que había sido originalmente un peligro común. Al iniciarse los segundos diez años de la N. A. T. O., no sólo ha perdido actualidad y significación el motivo esencial—la amenaza de la agresividad expansiva del comunismo soviético—, sino que está costando un trabajo cada día mayor el mantener unidas y apretadas las filas de unas formaciones que ni siquiera han conseguido alcanzar todo el desarrollo que para ellas se había previsto.

En la fase final de su primera época, cuando se aproximaba el momento en que podrían introducirse alteraciones en la estructura de la N. A. T. O., se había advertido, por un lado, la conveniencia—quizá fuese necesidad—de ensanchar mucho los horizontes de su estructura inicial, ante el temor de que no bastase para su eficaz prolongación hacia el futuro con el carácter esencialmente militar que se le había dado en unos momentos de acuciante gravedad. Se llegó incluso a nombrar una comisión—la de los «tres magos»—encargada de realizar un estudio, en el cual nadie acabó por mostrar un interés especial. Mucho más alarmante era lo que empezaba a suceder por otras partes.

A causa de graves diferencias entre sí, por la cuestión de Chipre, Grecia y Turquía, ambos países miembros de la N. A. T. O., llegaron a un grado tal de animosidad—que acabó afectando a una tercera potencia: Inglaterra—, que uno de ellos abandonó todas las posiciones que mantenía dentro de la organización, en las que existía alguna representación de la otra.

De bastante mayor gravedad fueron los acontecimientos que, especialmente a partir de septiembre de 1958, empezaron a ir enfriando las relaciones de Francia con los Estados Unidos e Inglaterra sobre la dirección que se debería dar a la N. A. T. O. y de los cuales será necesario decir algo con mayor detenimiento. Finalmente, y con la esperanza de dar a la N. A. T. O. un carácter más popular y más anchamente representativo que todo lo que ha tenido en los primeros diez años de su historia se celebró en Londres el llamado Congreso Atlántico, con la asistencia de unos seiscientos delegados de catorce países miembros de esta organización, algunos de ellos ministros, altos funcionarios del Gobierno y generales, pero sin ostentar una representación oficial. Aquello sería el comienzo de un nuevo organismo de la Alianza Atlántica, una especie de Parlamento, en imitación del que se había creado para el Consejo de Europa y del que estaba organizándose para la Comunidad Económica Europea. Las corrientes renovadoras, de adaptación constante a un ambiente que no se mantenía estable y

rígido, entraban de lleno y con fuerza por los intersticios del organismo multicelular de la N. A. T. O.

Pero a ese Congreso de la N. A. T. O. asistieron las representaciones de catorce países miembros, no de los quince que la forman. Faltaba el más pequeño de todos, Islandia, que no creía poder encontrarse físicamente allí, donde estaba presente la representación de otra potencia mucho más poderosa que ella, Inglaterra. Entre Islandia e Inglaterra habían surgido grandes y graves diferencias por cuestiones pesqueras, por no aceptar Inglaterra la decisión de Islandia de extender hasta las doce millas ya adoptadas por algunas otras potencias, en particular la Unión Soviética y la China comunista, las aguas jurisdiccionales. Islandia se había sentido mortalmente ofendida por la decisión británica de movilizar unidades de su escuadra en mayor número y potencia que todo lo que podría movilizar Islandia, con objeto de hacer que se respetase el derecho de las traineras inglesas a pescar mucho más adentro de los límites externos de esa zona, ahora tan ensanchada, de las aguas jurisdiccionales de Islandia. Inglaterra ignoraba desdeñosamente las quejas de Islandia sobre la inconsistencia que revelaba una conducta inflexible frente a esta pretensión, a tiempo que se respetaba, sin apenas hacer otra cosa que una demostración de disconformidad, la decisión en análogo sentido de esas otras dos potencias. Islandia estaba convencida de que la ley del fuerte es dura contra el débil, pero prudente en cualquier caso cuando se encuentra ante serias resistencias. Islandia no tenía derecho —ni fuerza— para atentar contra el principio muy especial de la libertad de los mares. No le quedaba más recurso que repetir lo que Grecia había hecho durante algún tiempo, no tener participación de ninguna clase en las actividades de la N. A. T. O. en las que estuviese directamente representada Inglaterra, la potencia que había llegado a ser su enemiga en mucha mayor medida que lo hubiese podido haber sido nunca, hasta entonces, la Unión Soviética.

La ausencia de la pequeña Islandia de este congreso de la N. A. T. O. apenas tuvo importancia práctica alguna. Pero fué considerada, con razón, como algo altamente significativo, de un gran valor moral. Se había superado la crisis de tiempo atrás, provocada por la resistencia de Islandia a renovar el acuerdo que hacía posible la presencia de unos miles de soldados norteamericanos en la isla para el mantenimiento de una gran base aérea. Para surgir otra, en cierto modo más grave todavía, poco más tarde.

A medida que habían ido perdiendo una sensación de actualidad y de

urgencia las presiones y las amenazas del comunismo, de un carácter acusadamente dinámico y expansivo, iban surgiendo tensiones internas capaces al principio de crear animosidades y fisuras y, en definitiva, grietas de la suficiente anchura y gravedad para que sus posibles consecuencias estuviesen claramente a la vista de todo el mundo.

Esterilidad y contradicciones.

Quizá antes de entrar en detalles, necesariamente breves, sobre las graves diferencias surgidas entre Francia y la N. A. T. O., capaces de tener consecuencias de mucha mayor trascendencia que todos los anteriores tropiezos y dificultades, fuese conveniente prestar alguna atención a este Congreso Atlántico. En el desarrollo de sus sesiones, que se alargaron durante una semana, se pusieron de manifiesto, de una forma u otra, inconsistencias y debilidades que acaso sean absolutamente irremediables, puesto que han aminorado mucho en el caso de no haber desaparecido del todo muchas de las razones que contribuyeron en principio a la creación de la N. A. T. O.

Al cabo de diez años, cuando la potencia de la N. A. T. O. debería de haber alcanzado, desde hacía tiempo, el máximo desarrollo, su organización militar—su razón esencial de ser—sigue siendo tan defectuosa y limitada, que su eficacia descansa principalmente, tal vez exclusivamente, en el «escudo» protector formado por armas provistas con cargas nucleares. Como no ha sido posible contar con esas docenas de divisiones—treinta por lo menos—de primera línea y muchas más en la reserva inmediata, con miras a contener cualquier inicial empuje de unas fuerzas enemigas numéricamente superiores, se ha hecho mucho mayor hincapié, con el paso del tiempo, en las armas nucleares, que han pasado por un sensacional desarrollo en cantidad, calidad y variedad.

«Hemos introducido estas armas—declaró el general Lauris Norstad, comandante supremo de las fuerzas armadas de la N. A. T. O. en Europa—sin alardes y sin amenazas. Con nuestra devoción a la paz y la libertad, esta acción, destinada a darnos seguridad, no necesita justificación.»

«Es una actitud—insistió—que tiene tanta vigencia como en diciembre de 1957, cuando se formuló en el Consejo Ministerial de la N. A. T. O. Resulta, en un último análisis, «mucho más aplicable hoy en día, a la luz de las muchas propuestas en favor de la creación de áreas restringidas o, según las palabras de Kruschef, *zonas de paz*, que conspicuamente omiten

la zona de la cual arranca la mayor amenaza para nuestros miembros europeos, la propia Unión Soviética.»

Entre esos muchos, no menos de ochenta, informes presentados a lo largo de este congreso, dividido en una larga serie de comisiones y subcomisiones, los había de ricas y variadas clases, lo suficiente para poner de manifiesto una tendencia notoria hacia la esterilidad; pero el aspecto militar volvía una y otra vez a ocupar un plano de persistente actualidad y eran constantes los llamamientos a reforzar el brazo armado de la Alianza Atlántica. Hasta esto, sin embargo, que pudiera dar la sensación de ser una cuestión relativamente fácil de resolver, era un motivo de graves y crecientes complicaciones. Quizá pudiese decirse que el aspecto puramente militar dé los debates estuvo dominando por la insistencia de los representantes de Francia en cosas como la transformación de una organización regional en el instrumento de una estrategia militar global, según el informe del general Billotte, o en el empeño puesto en que los Estados miembros tuviesen una intervención mucho mayor en los usos de los elementos nucleares de persuasión estacionados en sus territorios respectivos. El general Carpentier, también francés, sostuvo con vigor el criterio de que la supremacía norteamericana en armas atómicas ya no es una garantía de seguridad para Europa, por lo que es vital para los países directamente interesados, contar con sus propios medios de disuasión.

Francia mantuvo a lo largo del congreso una actitud de oposición casi constante. Encontró, dentro del aspecto militar de la cuestión, deficiente la estructura de mando de la N. A. T. O., sobre todo en los mandos aéreo y naval, en los escasos progresos realizados por el camino de la estandarización de las armas y municiones, la falta de integración y el hecho evidente de que las fuerzas «protectoras» no alcanzan, ni con mucho, el mínimo que en un principio se había establecido.

Algunos aspectos de la cuestión fueron objeto de réplicas vigorosas, como cuando el inglés Alistair Buchan o el norteamericano Klaus Knorr contestaron al general Carpentier sobre la cuestión de las armas atómicas, para advertir que esa tendencia podía conducir, a menos que se formulase un plan claro y aceptable para la defensa de la Europa central, a la disolución de la N. A. T. O.

Más directa, si cabe, fué la respuesta del laborista inglés George Brown a la propuesta del general Billotte, encaminada a dar unas dimensiones globales a las actividades de la N. A. T. O., advirtiéndole que trataba nada menos

que «hacer de la N. A. T. O. lo que la N. A. T. O. no es». Pero no era fácil deshacerse de unas argumentaciones que sostenían que, como consecuencia, por ejemplo, de algo que pudiese surgir por el Pacífico occidental, región que caía claramente fuera de la competencia y jurisdicción de la N. A. T. O., Francia, miembro de la N. A. T. O., podía acabar viéndose envuelta en una guerra, en cuyos orígenes y desarrollo iniciales no había tenido la más remota intervención.

Para mayor complicación estaba de manifiesto la decisión del presidente De Gaulle de mantener un control absoluto sobre todas las armas nucleares que se encontrasen o pudiesen encontrar en territorio francés, de cuya actitud era ya evidente que resultaría la retirada de Francia de unos 250 aviones cazabombarderos, armados con bombas atómicas y estacionados en tres bases, en cuyas obras de ampliación habían gastado los Estados Unidos unos 90 millones de dólares. Esos aviones—junto con el personal indispensable, que, en total, incluyendo los familiares de los hombres de uniforme, no bajaría de 6.000 ó 7.000 personas—tendrían que salir de Francia, para concentrarse en bases alemanas e inglesas y hacer precisamente lo que se consideraba muy desacertado en la era atómica, acumular fuerzas y elementos, cuando lo conveniente es la dispersión. Pero la actitud de Francia no cambiaría fácilmente, puesto que, según el general Billotte, se ajustaba «a la dignidad, el honor y un sentido de responsabilidad por la seguridad del pueblo francés».

Durante unos pocos años, aquellos en que disfrutaron del monopolio de la bomba atómica, los Estados Unidos gozaron de una posición tan privilegiada, que les daba ánimo para contemplar el futuro con confianza. Condición esencial de la era atómica es el cambio, rápido, espectacular, devastador a menudo, y ese cambio ha introducido alteraciones básicas en el cuadro general de la situación. Apenas se podría encontrar una demostración más elocuente y más llamativa de ello que el informe presentado en este congreso por Henry A. Kissinger, alemán, hoy norteamericano, una de las mentes analíticas que han calado más profundamente en el sentido y significación de esta era, que apenas ha hecho otra cosa que empezar y que es ya un motivo de infinita preocupación, de un despliegue tal de potencia, que basta para establecer un delicado—y pavoroso—equilibrio del poder que a duras penas podría, al menos por ahora, ser roto impunemente por quienquiera que fuese. Tan tremendo es ese equilibrio que ya no basta con la fuerza disuasoria de la potencia nuclear. Según Mr. Kissinger, director de estudios del

Instituto de Investigaciones para la Defensa de la Universidad de Harvard, consejero de los departamentos de Defensa y Estado y consejero también de algunos dirigentes políticos, tanto del partido republicano como del partido demócrata, lo que fácilmente le convierte en una de las personas más influyentes de la vida norteamericana.

Es defectuosa la disuasión nuclear o se queda corta—dice Kissinger—, por las inhibiciones occidentales a emplear las armas nucleares en incidentes que de otro modo pudieran no conducir a una guerra total. La fase actual de las relaciones entre los bloques soviético y occidental es, para el Dr. Kissinger, «un período en el que, tanto en el número de armas como en los medios de entrega, la capacidad respectiva de uno y otro lado se van aproximando.» En tales circunstancias, las inhibiciones del lado que descansa en la amenaza de una total guerra nuclear como fuerza disuasoria podrían conducir al apaciguamiento más bien que a la disuasión que se venía buscando.

Es preciso, pues, formular una política militar de mucha mayor flexibilidad y, en cierto modo, apoyada en concepciones tradicionales. «Sobre la base de la conducta en el pasado—añade Kissinger—, el riesgo ahora de un ataque soviético encaminado a desbordarse por toda Europa es menor que el peligro de penetraciones locales encaminadas a demostrar la impotencia de la N. A. T. O. y a reducir su efectividad diplomática.»

Y como una guerra total amenazaría la supervivencia de la humanidad, sólo se podría invocar, como un último recurso. Por lo tanto, en opinión de Mr. Kissinger, las situaciones más comprometidas que es probable que lleguen a producirse en Europa habrán de ser objeto de una réplica local, en un campo de acción local, o se quedarán sin respuesta. De aquí la necesidad, vigorosamente explicada, de que se fortalezcan y ensanchen las fuerzas armadas de la N. A. T. O., de tipo más bien convencional.

«Paradójicamente—dice el informe de Kissinger—, sólo la capacidad para la defensa local puede dar sentido o significación a un factor disuasorio general.»

Sospechas y recelos.

El almirante Jerauld Wright, comandante supremo aliado en el Atlántico, quiso orientar y encauzar los debates por derroteros más provechosos. «Nuestra total potencia de la N. A. T. O.—dijo—descansa sobre un trípode... por así decir. Una pata es política, otra es económica, y la tercera es militar.

Las presiones sobre cada una están equilibradas y se neutralizan, pues cada una lleva su carga defensiva. Si se debilitase una cualquiera, todo el peso se vendría abajo. Si conseguimos mantener las tres, la N. A. T. O. continuará siendo la más poderosa contrafuerza destinada a resistir el *chantage* soviético, el factor disuasorio más poderoso del mundo contra la agresión soviética y un sólido obstáculo colocado en el camino de la expansión comunista.»

Buenas palabras escuchadas en actitud respetuosa y coronadas con el aplauso, pero incapaces de disipar el ambiente de contradicción y de esterilidad que estaba tan notoriamente de manifiesto. Lo que había venido sucediendo en París desde hacía un año seguía teniendo efectos que, a medida que iban calando más hondo, iban debilitando mucho más lo que este congreso buscaba fortalecer. Se hablaba, todos hablaban, de trabajar por una mayor unidad, pero las consecuencias prácticas apuntaban en dirección totalmente contraria. En Londres, donde se celebró este congreso, como en Ginebra, donde estaba celebrándose la conferencia de los Ministros de Asuntos Exteriores, el ambiente no permitía esperar resultados concretos, nada parecido a lo que se consiguió cuando se formó la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Las cosas del mundo, de Europa, de la N. A. T. O., habían seguido un curso determinado, y la situación al empezar un nuevo período de diez años era radicalmente distinta a la que existía cuando se daba comienzo al primer período, que había concluido al iniciarse el mes de abril.

Las bases, que habían dado unas características especiales a una época, estaban encontrando en los aliados y amigos más resistencias que las ofrecidas por la Unión Soviética. Francia estaba llegando al punto mismo en que algunas de las principales bases aéreas norteamericanas establecidas en su suelo no podrían ser ya utilizadas. Desde el pasado septiembre, cuando el entonces jefe del Gobierno francés, Charles de Gaulle, pidió a los Estados Unidos e Inglaterra la creación de un directorio de la N. A. T. O., que no sólo tuviese como misión la dirección de este organismo, sino que asumiese también consideraciones de carácter global, se tuvo la sospecha de que asomaba un período difícil en las relaciones de los países asociados en la N. A. T. O. Tan delicada llegó a ser la situación que no se encontró siquiera la manera de responder a la sugerencia francesa. Se dejó que las cosas fuesen siguiendo su curso, como es más frecuente cada día, y las sospechas, los celos y los antagonismos fueron ganando terreno hasta estallar

en decisiones, como la de retirar—es un decir, puesto que se trataba de un compromiso contraído para una situación que todavía no se había dado—la parte de la flota francesa del Mediterráneo, que debería ser colocada bajo el mando de la N. A. T. O. en este sector. No habría barcos franceses, en la guerra o en la paz, bajo otro mando que el francés.

Tampoco se hizo nada, concreto y bien orientado, por tratar, al menos, de encontrar solución a esta nueva dificultad. Se dejó que surgiese otra, no menos grave, al negarse el Gobierno francés—al negarse De Gaulle—a que la aviación estratégica francesa (que apenas si existe) fuese integrada con la aviación estratégica de la N. A. T. O. Esto después de la retirada, por decisión propia, de la casi totalidad—sólo quedan dos divisiones tan incompletas, que apenas si son algo más que una pura ficción—de las fuerzas armadas francesas estacionadas en la Alemania Occidental, al igual que las norteamericanas, las inglesas, etc., para llevarlas al frente de batalla de Argelia.

Era una situación que preocupaba a los Estados Unidos por razones tan importantes como los servicios que la N. A. T. O. podía prestar para el desarrollo de una política coordinada, unificada, centralizada y muy eficaz. Pero por decisión de los Estados Unidos—en parte, consecuencia de una situación política especial; en parte, a causa del fantástico desarrollo de su potencia nuclear y la actitud recelosa a compartir secretos técnicos con más aliados que Inglaterra—la N. A. T. O. no era, ni con mucho, la organización unificada y centralizada que se quería presentar. Las fuerzas navales llevaban, en gran parte, una existencia caracterizada por una considerable—a veces, total—autonomía, como sucedía con la VI Flota del Mediterráneo. Y la poderosa fuerza aérea estratégica de los Estados Unidos mantenía una existencia de absoluta independencia. Estas autonomías y diferencias se acentuaron con las negociaciones directas entre los Estados Unidos e Inglaterra que acabaron concediendo a ésta el control, al menos en teoría, sobre las armas nucleares estacionadas en el país. Al no hacerse concesiones análogas a Francia se creaba una situación de debilidad en la N. A. T. O. Y de espontaneidad en las relaciones franconorteamericanas. Había, era evidente, motivos de recelo y suspicacia, acentuados por la resistencia de los Estados Unidos a facilitar a Francia ciertos conocimientos y ayudas para el desarrollo, con mayor rapidez y a menor costo, de su propia bomba atómica, a tiempo que el intercambio de conocimientos, informaciones y experiencias entre los Estados Unidos e Inglaterra parecía ser completo.

Se había llegado a un punto crítico. «Es ciertamente imprudente—afirmó un delegado francés—negarse a comunicar los secretos de uno a aquellos con quienes ese uno ha decidido defender todo lo que considera esencial y sagrado. Por otra parte, no es razonable querer compartir los secretos de los aliados de uno y, al mismo tiempo, reclamar una libertad de acción absoluta.»

Tan notorio era el ambiente de discrepancia y conflicto, que daban una clara sensación de insuficiencia, cuando no de ingenuidad, las quejas, nada infrecuentes, sobre la falta de una voluntad decidida de unidad entre los delegados. De poco serviría llamar la atención sobre una «comunidad básica de intereses» y la necesidad de ensanchar los horizontes de la alianza, hasta incluir los campos culturales, políticos y económicos, cuando no se encontraba una manera eficaz de contener los estragos de fuerzas disgregadoras, de lo que uno de los delegados norteamericanos, Lewis W. Douglas, ex embajador en Londres, calificó de «crecientes manifestaciones en cada nación de un nacionalismo excesivo.» Esta, añadió, «es una de las mayores enfermedades, cuyas consecuencias estamos padeciendo en la actualidad.»

El mal calaba más hondo todavía. Iba mucho más lejos de la ancha disconformidad de Francia con un estado de cosas que en la nueva situación de un estado emocional en que se aspiraba a traducir en realidades los sueños de grandeza, al colocar a Francia no en una posición de paridad con todos los miembros de la N. A. T. O., grandes y pequeños, sino en una posición rectora compartida tan sólo con los Estados Unidos e Inglaterra. El ministro de Asuntos Exteriores de Noruega, Halvar Lange, aludió a ella cuando hizo referencia a la ausencia de Islandia y, mejor todavía, a lo que calificó como una continuada falta de cooperación económica en la Europa Occidental y al fracaso de las negociaciones para la formación de una ancha zona de libre comercio, que por sí sólo creaba unas perspectivas que podían «poner en peligro la base misma de la solidaridad occidental.»

Estaba en peligro, o por lo menos amenazada, una organización, la de cooperación económica europea, que había nacido al mismo tiempo que la N. A. T. O. y en las mismas circunstancias y con casi los mismos miembros, con mirás a unificar, consolidar y reforzar posiciones que en cierto modo eran el complemento económico de una alianza que había nacido con fines preponderantemente militares, aun cuando se aludiese, por el mero placer de hacerlo, a otras actividades. No tenía el señor Lange para qué mencionar siquiera a la Comunidad Económica Europea, en cuya creación tan importante

papel jugó Francia. Era algo que estaba calcado vigorosamente en la mente de todos. Había una gran necesidad, era evidente, de «más anchas medidas de cooperación»; pero no demasiado anchas, según el mismo ministro noruego; nunca, en último análisis, algo que «llegase a la formulación de una política exterior común a todos los Estados miembros», que era la que estaba ya perfilándose con gran claridad en el campo de acción de la Comunidad Económica Europea.

Aspiraciones irrealizables.

Se dedicó una gran parte del tiempo, era inevitable en una reunión de esta naturaleza, a exponer teorías y airear conceptos que soñaban con la unión perfecta de intenciones y esfuerzos en una tarea igualmente beneficiosa para todos. Abundaron las propuestas sobre las cosas más distintas y los objetivos más dispares, pidiendo la creación de nuevos organismos, servicios y otras agencias encargadas de realizar misiones de dimensiones trascendentales. Hubo propuestas para la creación de una organización para la concesión de ayuda a los países subdesarrollados, otra para contrarrestar la guerra ideológica del comunismo; una que se llamaría «Organización del Mundo Libre», para la difusión de una información básica, con miras a que todos pudiesen conocer y discernir al instante, y con infalible precisión, lo que es la agresión ideológica del comunismo, y para hacer posible que todos se encuentren en condiciones de apreciar el valor verdadero de la libertad, y así sucesivamente.

Hugh Gaistkell, jefe de la minoría laborista del Parlamento inglés, se mostró receloso del intento por transformar la Alianza Atlántica en un instrumento destinado a la canalización de la ayuda a los países económicamente poco desarrollados. Hay países, advirtió, que no miran con buenos ojos a las potencias ex coloniales, y los hay que sospechan de los bloques militares. Además, se cuenta ya con organizaciones suficientes para el desarrollo de semejante labor. Mr. Macmillan, el «premier» británico encontró perfectamente razonables y dignas de elogio las apreciaciones de Mr. Gaistkell. Habló, dijo, con «palabras muy valiosas y muy prudentes».

Conviene estar alerta sobre los peligros de escisión, sobre los factores que tienden a disgregar, no a unir, declaró Macmillan. «No podemos—dijo—mantener intacto el frente durante un largo período de tiempo si los flancos se vuelven. Nuestra fuerza, por lo tanto, ha de radicar en las cosas físicas y materiales que podemos hacer y, en parte, en la expansión de nuestras

ideas. Si nos comportamos de acuerdo con nuestros propios principios, de nuestra fe en la unidad de la comunidad atlántica, creo que todas nuestras relaciones con los países no comprometidos (neutralistas) acabarán asumiendo análogas características.»

Pero no todo fueron optimistas generalizaciones que comprometen a poco. Uno de los oradores fué el doctor Mordecai Johnson, presidente de la Universidad de Howard, de los Estados Unidos, quien hizo un llamamiento apasionado por la concesión de ayuda a los pueblos de Africa y Asia, por razones morales, no por estrechos intereses egoístas. Habló de sus orígenes, que era hijo de esclavos y presidente de una universidad para *estudiantes negros*. Durante quinientos años—dijo—el Occidente ha sido el agresor y sus víctimas han sido los pueblos de Asia y Africa. El comportamiento del Occidente—afirmó—ha sido de lo más injusto. Por eso —añadió, aludiendo a estos pueblos afroasiáticos—, «cuando se les pide que escojan entre nosotros y la Unión Soviética, en sus corazones está el temor que les inspiramos y que no se puede extirpar tan fácilmente».

Habló de la necesidad de proceder sin pérdida de tiempo a la liquidación del colonialismo en Francia y otras partes y afirmó que existe la necesidad de una organización central encargada de preparar un programa de ayuda para las regiones subdesarrolladas, de una manera adecuada y en colaboración con los pueblos que les habitan.

J. Oldenbroek, secretario general de la Confederación Internacional de Sindicatos Libres, sintió la necesidad de hacer un elogio, a su manera, de Mr. Johnson y de los que le habían escuchado.

«Mr. Johnson—dijo—es excesivamente pesimista, pero le admiro por la forma en que nos ha castigado a todos los que nos encontramos en la sala.» A continuación habló de su organización como de la única que hacía algo eficaz para combatir al comunismo de una manera efectiva. Advirtió que a menos que estemos dispuestos a prestar ayuda a las regiones subdesarrolladas y no comprometidas del mundo, «nosotros en el Occidente podríamos abandonar definitivamente la idea de seguir viviendo en este planeta».

El informe de otro norteamericano, Cass Canfield, sobre la necesidad de formar una Organización del Mundo Libre, apoyándose en argumentos como el de que la U. R. S. S. había estado empeñada en los últimos años en la guerra ideológica con «considerable éxito», tropezó con seria resistencia. El laborista inglés Denis Healy afirmó que haría más mal que bien.

y habló de la frase «mundo libre» como de algo que «tiene ribetes hipócritas». Especialmente en lo concerniente a los países no comprometidos sería—dijo—muy mala política, puesto que haría el juego al comunismo.

Un colega suyo, el capitán E. W. Short, también diputado laborista, habló de un informe con «tonos ligeramente histéricos». La mejor política—añadió—hacia los países no comprometidos que pueden desarrollar las potencias occidentales es abandonar el imperialismo por completo, crear favorables condiciones comerciales y apoyar por todos los medios y maneras a las nuevas democracias.

Muy distinta fué la posición defendida por la señora Suzanne Labin, de Francia, quien hizo mucho hincapié en la necesidad que «tenemos de luchar contra la propaganda que utiliza el comunismo como un arma de guerra. En cuanto a la ayuda que se presta a los países subdesarrollados, el comunismo habla de ella—explicó—como de algo que se hace para «la esclavización de los pueblos». Terminó diciendo: «El Occidente facilita los víveres y los comunistas la propaganda, y los comunistas salen ganando.»

Sobre esta cuestión de la ayuda, que flota en el ambiente de la N. A. T. O. desde hace tiempo y que se ha llegado a sugerir como un eficaz instrumento para dirigir toda labor de ayuda a los países económicamente poco desarrollados, especialmente la ayuda, todavía voluminosa, que prestan los Estados Unidos, ha habido casi tantas propuestas y opiniones como delegados tomaron parte en el debate. Son ya demasiadas las instituciones que existen—declaró Bjorn Kraft, de Dinamarca—, y sería mejor olvidarse por completo de la idea misma de crear una más. «Una asociación de esta naturaleza—sostuvo un delegado norteamericano, William Clark—resulta innecesaria, ineficaz e inaceptable».

Una institución internacional así—sostuvo el delegado francés Robert Mossé—sería la única capaz de llevar a los pueblos y países afectados un sentido de «bienestar, de justicia y de igualdad». A esta opinión se aproximó el delegado canadiense Henry F. Jones, quien discrepó francamente con los que sostenían que había demasiadas organizaciones de esta naturaleza y que lo mejor que podría hacerse era orientar todos los esfuerzos de esta clase hacia los organismos de las Naciones Unidas. Ninguna otra organización internacional—dijo—sería capaz de realizar la tarea que se ha esbozado en este congreso.

«No me gustan las resoluciones piadosas»—declaró Paul Henri Spaak, secretario general de la N. A. T. O., en un discurso breve pero franco y

duro—. Dijo que la recomendación principal de la comisión política consistía en pedir la celebración de una conferencia, en la primavera de 1960 a más tardar, de no más de un centenar de las principales personalidades de los países asociados en la N. A. T. O., para buscar la manera de acentuar la colaboración y unidad de la comunidad atlántica. «Si hemos de hablar con claridad—añadió Spaak—diré que no creo que los Gobiernos vayan a organizar por ahora semejante conferencia.»

Habló de la N. A. T. O. como algo con la suficiente flexibilidad en el campo de las instituciones y las consultas políticas, donde se han logrado «progresos fantásticos» sin haber alterado nada en el tratado de la N. A. T. O. La única reforma real y de valor que se podía hacer para mejorar las instituciones atlánticas—añadió—sería la adopción del principio del voto de calidad y el abandono del principio de la unanimidad.

Terminó hablando de la necesidad de que la gente comprendiese lo que es la Alianza Atlántica y cuáles son sus objetivos. No se puede pedir a la gente que luche unida, que haga sacrificios comunes, a menos que comprenda lo que es la Alianza Atlántica. El presidente Eisenhower y Mr. MacMillan han dicho recientemente que el futuro del mundo depende de la interdependencia creciente de las naciones. Es ésta una declaración tremenda—comentó Spaak—, pero la gente no cree en ella, sencillamente.

El complejo de la Línea Maginot.

Fué más lejos Spaak cuando ya este congreso había terminado y sus delegados se habían retirado tranquilamente a sus respectivos países. Llegó al extremo de acusar abiertamente a Francia de «haber evitado en los últimos meses» la adopción de una serie de medidas destinadas a dar el cumplimiento debido a ciertos planes militares. En la mente de todos estaba la necesidad del general Norstad de encontrar sitio para los cazabombarderos que no podrían continuar en Francia, una cosa que describió como algo nada bueno desde el punto de vista estratégico, porque la mejor defensa contra un ataque nuclear está en la mayor dispersión posible de las fuerzas mientras que lo que ahora es preciso hacer tiende precisamente a la concentración. Habló de lo absurdo que era el que su propio país, Bélgica, tuviese una fuerza aérea separada e independiente cuando todo el mundo sabe que se puede atravesar el país en una dirección en tres minutos y en la otra, en cinco minutos. Un país de mayores dimensiones debería estar

en mejores condiciones para incluir a los más pequeños bajo sus alas protectoras.

Atacó la idea del presidente De Gaulle de formar un directorio para la N. A. T. O. con los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, porque provocaría reacciones desfavorables entre los miembros de la N. A. T. O. más pequeños y estimularía las tendencias hacia el neutralismo, puesto que no desearían verse comprometidos en políticas y programas en cuya preparación no había tenido la menor intervención. Es más—dijo—, si un directorio así llegaba a una decisión por votación mayoritaria, entonces Francia se encontraría invariablemente en posición minoritaria, con los Estados Unidos e Inglaterra votando contra ella, y si, por otra parte, las decisiones habrían de adoptarse por unanimidad, entonces los Estados Unidos o Inglaterra tendría en cualquier momento el derecho del veto contra las propuestas francesas. En cualquier caso, no acaba de descubrir razón alguna ventajosa que aconsejase la formación de semejante directorio.

Otra cosa sería, sin embargo, hablar de la función y el papel que Francia desempeña en el mundo, que calificó como muy importante. Francia—dijo—tiene una misión específica que llenar en una estrategia global y ha de ser tenida en cuenta cuando de estas cosas se trate. La N. A. T. O. en su forma actual no basta. Están expuestos sus flancos por Asia y el Oriente Medio. Ha de abandonarse—advirtió con energía—ese «complejo nuestro de la Línea Maginot», para dedicarse a trabajar sobre una estrategia global. La manera de hacerlo no está en destruir lo que ya existe, sino en añadir a la N. A. T. O algo nuevo.

En cierto modo, Spaak fué a parar al punto en que ya se han encontrado otros con anterioridad, el punto que hace pensar en que ya no existe esa situación de peligro, de acoso, de agobio que hizo posible la creación de la N. A. T. O. hace diez años. La principal amenaza del comunismo—repitió—no está por Europa. Sin embargo, y a pesar—dijo—de que no hay una posibilidad entre un millar de que se llegue por Europa a una guerra de tipo convencional con los rusos, la política de la N. A. T. O. es de estar en condiciones de responder al instante con las armas nucleares tácticas contra un ataque llevado a cabo con armas convencionales. No es probable—añadió—que los rusos se lancen a un ataque de tipo convencional porque entonces concederían al Occidente la iniciativa para el desarrollo de un ataque atómico por sorpresa; ni es probable tampoco que se

lancen a un ataque atómico, porque nunca podrían estar completamente seguros de haber destruído todo el poder de represalia del Occidente.

Spaak fué a París para exponer estos argumentos ante una comisión parlamentaria francesa. Andaba en busca, sin duda, de un ambiente favorable para forzar un cambio de actitud en el que son pocos, ciertamente, los que piensan por ahora. La posición del presidente De Gaulle es clara y no ha hecho más que consolidarse y afianzarse con el paso del tiempo. No es tanto el temor a que se pudiera producir un conflicto en Europa—le contestó Maurice Schumann, que fué secretario del Quai d'Orsay—, como el peligro—que es lo que De Gaulle más teme—de que surja una situación por alguna otra parte del mundo que acabe extendiéndose hasta alcanzar a Europa. Por eso la insistencia de Francia en ser consultada en cuestiones como la situación en Quemoy, por ejemplo, una insistencia que se considera perfectamente legítima y justificada. Pero las consultas y discusiones de esta naturaleza, desarrolladas en un muy alto nivel, difícilmente podrían tener a la N. A. T. O. como escenario. De aquí la propuesta de ese directorio, que estaría por encima de la N. A. T. O., naturalmente, pero que no sería ajeno a esta organización, aun cuando su esfera fuese global, no regional exclusivamente.

Al empezar los segundos diez años de su existencia, la N. A. T. O. ha llegado o está llegando a un punto que si no es una encrucijada es el borde de un abismo. Ha llegado a una situación, es más, que hace provechoso recordar una vez más la historia de la Confederación de Delos.

JAIME MENENDEZ.